

nacion no principia hasta la 16ª en lugar de las quince primeras, que siempre fueron sospechosas; ella no cuenta más que quince generaciones. Haciendo un total de los reinados humanos y de los de los semi-dioses, cada una de los cuales cuenta por término medio 26 años (cifra que huele á la legua á invención humana), llegase á 2370 años antes de nuestra era. Tal sería, pues, la antigüedad del gobierno humano del Egipto segun la vieja Crónica, la cual lo haria remontar á una época muy inferior á la de Manethon, é inferior aun á la que la crónica bíblica pudiera admitir. En efecto, que una nacion exagere su propia antigüedad, esto al fin y al cabo está en la naturaleza del hombre; pero que ella lo disminuya, hé aqui lo que no se verá jamás.

Inframos por lo tanto de ello una vez más, que aun cuando los monumentos egipcios ofrecieran algunos misterios impenetrables para nosotros, ¿qué resultaria de ahí? que su secreto nos falta; hélo aqui todo! Empero, ¿qué importan las incertidumbres y tinieblas, cuando un monumento superior de todo punto á todos los monumentos profanos, les dá el mentis más solemne y fija la verdadera historia? Ese monumento, ya lo dijimos, es el relato de Moisés.

ASTRONOMÍA DE LOS EGIPCIOS.

La determinacion hecha por los egipcios sobre la estension del año, 365 dias y un cuarto, piérdese, segun se dice, en la noche de los tiempos. Los egipcios llegaron á ella por las salidas heliacas de Sirio (llámase *salida heliaca* de una estrella á la época en que esa estrella sale una hora antes que el sol), lo cual indica que ellos hicieron observaciones durante una larga série de siglos.

En dicha argumentacion, todo es gratuito, absolutamente gratuito, ó más bien todo es falso, absolutamente falso.

En efecto, los egipcios no tuvieron noticia del año solia-

co, ó de 365 dias y un cuarto, hasta muy tarde. En tiempo de Herodoto, es decir, 450 años antes de Jesucristo, ellos creian todavia que la duracion del año solar era de 365 dias. Thales sólo aprendió de ellos ese mismo año de 365 dias. Macrobio es el primero, 422 años despues de Jesucristo, bajo el emperador Teodosio, que concede á los egipcios un año solar de 365 dias y un cuarto. Los judíos, á su salida de Egipto, no tenian más que un año lunar. Si los egipcios hubieran tenido en aquella época, no diré el año soliaico, sino el año vulgar de 365 dias, los judíos lo hubieran aceptado en lugar del año lunar, el cual requiere algunas intercalaciones difíciles. Cecrops, oriundo de Sais, no introdujo en Grecia más que un año lunar. Luego, en 1500 que es á corta diferencia la época de Cecrops, segun la crónica de Paros, el año soliaico no existia. Además, si dicho año hubiera sido determinado, no lo habria sido sin duda por la observacion de la salida heliaca de Sirio. En efecto, Nouet, astrónomo de la expedicion de Egipto, dice en términos expresos: «En Egipto la redondez del horizonte hállase de tal modo cargada de vapores, que en las noches serenas no se observa jamás estrella alguna á algunos grados encima del horizonte, en la segunda y tercera magnitud, y que el sol mismo á su salida y á su puesta se halla enteramente desfigurado.» Es por lo tanto, infinitamente más probable sobre todo, puesto que los obeliscos eran unos verdaderos gnomos, que la extension ó medida del año fué determinada por la vuelta de las sombras meridianas iguales, ó de las mismas amplitudes, ó de la correspondencia del sol, á su puesta, con alguna estrella. Sirio, que no se hallaba en la eclíptica, hubiera sido por otra parte una mala estrella de comparacion, y su año heliaco ha sido confundido por ignorancia con el año sideral, debido á un error con el año trópico, que difiere de él por el hecho de la *precesion*.

Si el año soliaico de 365 dias y un cuarto fué conocido tan tarde por los egipcios, lo mismo sucedió con mucha mayor razon respecto del periodo soliaico. Despues que

ellos hubieron determinado la extension del año sotíaco ó del año astronómico de 365 días y un cuarto, no dejaron de conservar menos por ello el año civil de 365 días. De ahí resultaba que cada año civil, apellidado *vago* ó *sagrado*, anticipábase sobre el año solar de un cuarto de día, lo que hacía un día en 4 años, 2 días en 8 años, 30 días ó un mes en 120 años, 360 días ó doce meses en 1440 años y 355 días en 1460 años. Así pues, el primer día del año civil ó el primer día del mes de *Thot*, no coincidía con el primer día del año solar hasta al cabo de 1460 años solares. Entonces, y despues de 1461 años vagos, principiaba de nuevo un gran período, y ese era el período denominado el grande año, el ciclo canicular, el ciclo clínico, el ciclo de Sirio, ó el período sotíaco, por ser aquella la época de la nueva coincidencia del primer día del año civil con la salida heliaca de Sirio ó Sothis, que representaba el principio del año solar verdadero. Amoun y Theon de Alejandria afirman que uno de los ciclos sotíacos de 1460 años terminaba en el año 138; luego, declase, el origen de ese ciclo remontábase al menos al año 1322 antes de nuestra era. Además, el año de la invasion de los reyes pastores era justamente, segun Manethon, el centésimo séptimo año de un ciclo canicular; luego ese ciclo había comenzado 700 años antes, es decir, aproximadamente 2800 años antes de Jesucristo. Luego el conocimiento del mismo ciclo data por lo menos de 2800 años; luego el origen de las ciencias, y con mucho mayor motivo, el origen de la nacion, remontábase mucho más allá de 3000 años.

Empero, todo eso nada prueba, puesto que es cierto que el año sotíaco es muy reciente, y con mucha mayor razon el período sotíaco. Si Manethon afirmaba positivamente que dicho ciclo hallábase ya compuesto ó establecido en 2800, ese testimonio tuviera ya muy escaso valor, toda vez que Manethon es una pobre autoridad; mas él no lo dice de ningún modo. Es por el contrario infinitamente probable, que la invencion del ciclo es por demás reciente, y que los egipcios lo adoptaron como una escala cronológi-

ca, siendo la antigüedad de dicha nacion mucho más considerable que la época de la invencion de esta última. Sucede respecto del período sotíaco lo mismo que respecto del período Juliano, ciclo arbitrario de 7980, cuya invencion pertenece á José Scaligero, y sobre la cual al remontarse, la era cristiana hallábase fijada en el año 4714, de la misma manera que Manethon fijó la invasion de los reyes pastores en el año 700 de un período sotíaco. Luego, nada prueba que la invencion del ciclo sotíaco date de 2830, segun Manethon, ó aun de 1322 antes de Jesucristo, segun Amoun.

M. Biot está mucho más en lo cierto, al decir en su disertacion razonada é interesante *sobre diversos puntos de astronomía antigua, y en particular sobre el período sotíaco que comprende 1460 años julianos de 365 días y un cuarto* (*Informes ó Estados de las sesiones de la Academia de ciencias*, tom. XXI, pág. 1083):

«La primera vuelta posterior á la era cristiana de la coincidencia de la salida heliaca de Sirio con el primer día del año vago egipcio, segun el de 1322, tuvo lugar bajo el paralelo de Menfis, el 20 de julio del año juliano de 138, justamente diez días despues del advenimiento del primer Antonino al solio imperial. La duracion de dicho ciclo no está fundada en la observacion, la cual no la hubiera marcado de un modo tan exacto. Esa duracion dedújose de las hipótesis de Tolomeo, quien anteriormente había dado á conocer el método por el cual es calculada respecto de una época cualquiera. Esa determinacion numérica, que ha venido á ser fácil, ofrecia á la sazón un pretexto altamente favorable para atribuir al advenimiento del nuevo emperador una concordancia celeste presagiada desde largo tiempo, que por su rareza era considerada por las supersticiones astrológicas y religiosas como una época de renovacion, que la computacion así efectuada le apropiaba mucho mejor de lo que hubiera podido hacer una observacion real. Es, pues, muy natural que los sacerdotes de Egipto, muy obsequiosos para el poder romano, se apre-

suraran á rendir tal homenaje á su nuevo señor. Así es que sólo desde entonces, el período basado en la vuelta de la salida heliaca de Sirio en el primer día del año vago egipcio, es mencionado en los autores como un grande año sagrado propio de Egipto. Por lo demás, tales autores no atribuyen generalmente á dicho período uso alguno astronómico ó cronológico anterior. Tolomeo, contemporáneo de aquella época, no habla de ello; sin duda debió despreciarlo como astrónomo... Hé aquí, pues, en mi entender, la historia más sencilla y verosímil de ese famoso período sotíaco... Algunos eruditos modernos sumamente distinguidos, Petau, Bainbridgde, Dodwell y Freret mismo, creyeron que dicho período había sido fijado en su origen por algunas observaciones reales de las salidas heliacas, cuya incertidumbre práctica (porque no eran astrónomos) no apreciaban lo bastante. Mas ello no es, según toda verosimilitud, más que la expresión de una antigua noción tradicional trasformada en período riguroso, cuyo origen numérico *fué inferido, en el segundo siglo de nuestra era, de algunas teorías astronómicas, por medio de un cálculo retrógrado para darle la apariencia de una determinación obtenida en antiguos tiempos.*»

Aquellos que suponen en los egipcios el conocimiento de la extensión exacta del año en una época asaz remota, tienen formada una opinión demasiado ventajosa de sus conocimientos astronómicos. Delambre afirma que de todos los pueblos primitivos, dicho pueblo era el que se hallaba más atrasado en astronomía. Los egipcios pudieron observar, como se ha dicho, 8 ó 900 eclipses, lo cual no supone al fin y al cabo más de 1200 años. Ellos pudieron descubrir tempranamente los planetas, hacerse un sistema respecto de sus movimientos y suponer con cierta razón un órden entre estos cuerpos, según la duración respectiva de su curso; mas la ciencia no merece tal nombre, si en la observación no hay precisión ni medida alguna. La prueba de ello está en que Tolomeo, viviendo en Egipto en el seno de todas las luces del país, echa ma-

no de las observaciones de los caldeos y de los griegos, no citando á los egipcios ni una vez siquiera. En el siglo cuarto de nuestra era, vemos á Eudoxo, que trabajó durante 13 años en medio de ellos y con ellos, introduciendo en Grecia algunas cartas ó mapas celestes de una rudeza espantosa. Si los egipcios hubieran conocido la precisión de los equinoccios, los sabios griegos de la escuela de Alejandría (fundada por los primeros Lagides), que la ignoraban, no habrían dejado de aprenderla de ellos. Pues bien, eso no es así, y el conocimiento de la precisión es el fruto de las observaciones de los sabios de Alejandría.

Quiérese aun que los egipcios hayan conocido, con un segundo de diferencia, la duración de la revolución síndica de la luna. En efecto; Plutarco dice que el buey Apis era el símbolo de la conjunción del sol y de la luna, y que debía morir al cabo de 25 años, es decir, que al cabo de 25 años las neomenias reaparecerían en las mismas fechas. Pues bien, hállase que 25 veces 365 días dan 9125 días; y que 309 lunaciones de 29, 5307.443 días, duración de la revolución síndica hace 5000 años, dan exactamente el mismo producto, 9125 días; luego los egipcios conocían esa fecha precisa. El afirmar que se llegó á los 25 años de 365 días, partiendo del guarismo exacto de 29, 5307443, es puramente arbitrario. Bastaría observar 100 lunaciones para hallar que la duración media de una lunación es 29, 53702. Este número multiplicado por 309 dá 9.125, ó 25 años, con una diferencia de 3 h. y 12 m. y trae de nuevo la coincidencia de las fechas. Los egipcios evidentemente no consideraron el ciclo de 25 años como absolutamente riguroso; ese valor, como el de todos los ciclos posibles, el de Methon y otros, no puede ser más que aproximativo. El cálculo que precede, por consiguiente, no prueba nada, por lo mismo que prueba demasiado. ¿A qué hombre formal pudiera hacérsese creer que los egipcios descubrieron una duración astronómica exacta, con una aproximación de un centésimo de segundo, y tal, que dicha duración multiplicada por

309 diera justo, enteramente justo, rigurosamente justo, con un error de menos de un segundo, el número redondo de 25 años sagrados? Seguramente la igualdad indicada más arriba es cosa singular; mas esa singularidad es independiente de las observaciones y de los cálculos, sea de los egipcios, sea de los nuestros. Nada tiene ella absolutamente que ver con la interpretación de la vuelta cuyo emblema era el buey Apis. A la cifra de 5000 años pudérase sustituir una infinidad de otras mayores, y ese razonamiento no puede conducir á conclusion alguna sería relativamente á la antigüedad de la ciencia egipcia.

Herodoto dice haber aprendido de los sacerdotes, que desde el origen de la monarquía egipcia hasta el reinado de Sethon trascurrieron 11.340 años. Pues bien; admitiendo que el año sideral sea de 365 días 6 h. 11' 3" 3", hállese que 11.340 veces el exceso 6 h. 11' 3" 3" dá exactamente la extensión del año sideral, sintiéndose uno inclinado á inferir de esa aproximación, por demás curiosa, así como de un pasaje de Albertino, ó que los egipcios conocían el valor exacto del año sideral, ó bien que la antigüedad de la civilización egipcia remóntase en realidad á 11.340. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro tiene razón de ser evidentemente. Ya hemos probado que los egipcios no conocieron ni se apropiaron hasta muy tarde el año de 365 días y un cuarto, y es mucho más natural el admitir que el guarismo de Herodoto es un guarismo inventado ó obtenido despues del hecho. El pasaje en el cual hállese dicho guarismo, es por otra parte ininteligible, dado que allí se afirma que durante aquel intervalo el sol había salido dos veces allí donde se pone hoy, y que se había puesto dos veces allí donde sale al presente, sin que esta inversión hubiera ocasionado nada de extraordinario, respecto de los productos del suelo, los desbordamientos, las enfermedades y la mortalidad. Por lo demás, si dicha cantidad 11.340 es el emblema de un suceso astronómico, ¿cómo pudiera ser una cifra cronoló-

gica real? Esta cifra 11.340 es tambien un producto de los cinco números impares simples 1, 3, 5, 7 y 9 por el número 12 de los signos del zodiaco. Esta es, pues, evidentemente una cifra de invención. La primera aproximación es escasamente más extraordinaria que la segunda, pudiendo decir aun que ella es absurda, puesto que supone conocida con un tercio de diferencia, la extensión del año que no era conocida de un cuarto de día aproximadamente. ¿Cómo admitir que los egipcios hayan podido determinar con tal exactitud la duración del año sideral, cuando es cierto, según Herodoto y Diodoro de Sicilia, que los clepsidros eran el único medio que poseían para medir el tiempo, y que no habían inventado el cuadrante solar, del cual no se encuentra vestigio ni resto alguno en los monumentos, sobre lo cual Tales, el más antiguo de los viajeros, no dice una palabra, y que es ciertamente una invención griega, cuya construcción exigía al fin y al cabo un conocimiento avanzado de la geometría que los egipcios no poseían ciertamente?

M. Biot presentó á la Academia de ciencias, en 1853, un calendario astronómico y astrológico, encontrado en Tebas en los sepulcros de Rhamsés VI y Rhamsés XI. Es un cuadro de salidas de estrellas de quince en quince durante todo el curso de un año de 360 días, trazado con la mayor exactitud, y que supone una habilidad notable junto con una gran perseverancia. «Nadie, dice M. Biot, hubiera creído encontrar en una antigüedad tan remota una tal riqueza de materiales astronómicos coordinados con tanta maestría. Empero, todo eso nada prueba tampoco contra la cronología de la Biblia. El calendario sólo data del año 1240 antes de nuestra era; no revela ciencia alguna teórica. Un calendario compuesto por único elemento de salidas de estrellas, no es acaso el de un pueblo que no conoce aun más que muy imperfectamente el curso del sol? Dicho calendario supondría además que en el año 1240, el año de los egipcios, lo mismo que el de los he-

breos, no era todavía más que de 366 días. Por último, si M. Biot acogió dicho descubrimiento con tanto entusiasmo, fué, según dice, «porque él le hacia esperar que se encontrarían tarde ó temprano en los monumentos egipcios ó en los papiros algunas fechas de eclipses de sol y de luna, por medio de las cuales reconstruiríase, en todo rigor, la cronología del antiguo imperio egipcio, sobre la cual hemos dado hasta aquí algunos datos aislados, confusos y á menudo contradictorios.»

Dupuy queria que el Egipto fuera el país natal del zodiaco, y que su origen se remontara á 15 ó 16000 años. En su idea preconcebida, los emblemas ó figuras de los doce signos debían hallarse en armonía con los fenómenos naturales particulares del Egipto. Pues bien, esa armonía no pudiera existir, sino en tanto que en la época de su constitucion primera, el solsticio de verano se habria encontrado en el Capricornio, lo cual nos conduce á un retroceso de 15000 años. Aun admitiendo la hipótesis de la armonía entre los emblemas y los fenómenos naturales, esos 15000 años pudieran reducirse á 4500 por una razon muy sencilla. Las constelaciones que debieron llamar la atencion, no son aquellas en que el sol se hallaba sucesivamente y que se pierden en sus fuegos, sino las constelaciones opuestas ó acrónicas. En tal caso, la fecha del zodiaco no dataría más que de 2700 años antes de nuestra era, lo cual no es en manera alguna contrario á la cronología bíblica. No nos detendremos en probar que la armonía pretendida por Dupuy, entre los fenómenos naturales de Egipto y los signos, es descabellada y verdaderamente ilusoria; que el zodiaco, por lo tanto, no ostenta de ningún modo un carácter evidente de origen egipcio (1); que

(1) Remigio Raige, orientalista de la expedición de Egipto, habiendo encontrado en Tolomeo que el mes *Epiphe*, voz que significa *Capricornio*, principiaba el 20 de Junio, hacía el solsticio de verano, infiere de ello que el solsticio de verano tuvo lugar, en el Capricornio, cuando la

en nuestros climas templados, esa armonía es, por el contrario, mucho más real ó al menos más aproximada, cuando, con Pluche, el Aries es colocado en el equinoccio de primavera; que es cierto en realidad que los signos zodiacales no son de ningún modo unos emblemas que tengan la menor relacion con las estaciones, los climas y los fenómenos naturales de tal ó cual país; que el zodiaco es una composicion posterior á la de las constelaciones que sirvieron para la denominacion de los signos zodiacales, ó bien que esas constelaciones estaban ya figuradas cuando la eclíptica fué dividida en doce partes iguales; que la invencion del zodiaco es enteramente reciente, y que, por fin, todos los zodiacos orientales son una copia del zodiaco de Hiparco. En lo que concierne á los egipcios, eso resulta evidentemente de estos hechos notables: 1.º ninguna representacion zodiacal completa é incontestable encuéntrase en monumentos anteriores á la dominacion romana; 2.º el signo del Sagitario, tal cual existe en nuestro zodiaco, lo mismo que en los de Denderah y de Esneh, hállase representado por un centauro, figura perteneciente á la mitología griega, de todo punto extraña al arte egipcio, y que no se encuentra ni una vez siquiera en los millones de figuras que cubren los monumentos de Egipto. Respecto de la Caldea y la Persia el hecho no es menos cierto. Respecto de la China, el zodiaco de los chinos, el que es verdaderamente propio de este pueblo es el zodiaco lunar dividido en veinte y ocho partes que son las mansiones de la luna. El zodiaco con doce signos que les es comun con nosotros, fué introducido allí en una época muy reciente. «En el año 164 de la era cristiana, dice

invencion del zodiaco, lo que venia á ser una confirmacion aparente del sistema de Dupuy. Dicho orientalista olvidaba que el mes *epiphe* es, como los nuestros, un mes vago, cuyo principio recorra retrocediendo todos los días del calendario solar, de suerte que, si en la época de que hablaba Tolomeo, *epiphe* principiaba hácia el solsticio, ello era por mera casualidad, y que ciento veinte años antes ó despues, *epiphe* principiaba un mes más tarde ó un mes más pronto que el solsticio.

el P. Gaubil (*Historia de la astronomía china*, pág. 24-26), algunos extranjeros enviados por Gan-Toun (Antonino), rey de Ta-Tsin (imperio romano), llegaron á la China é importaron allí el conocimiento de la esfera. Entonces fué cuando allí confeccionáronse algunas esferas armilares y un globo celeste, y túvose noticia de los doce signos. » El verdadero zodiaco indio es igualmente el zodiaco lunar; la obra más antigua en la cual se trata del zodiaco con doce signos es el *Acyabatho*, compuesto entre el año 200 y el año 400 de nuestra era. Por lo demás, los nombres de los doce signos, que se encuentran en un autor indio del mismo siglo, son evidentemente unos nombres griegos indianizados. (Desduits, *Veladas*, pág. 360 y siguientes).

Caldeos, Asirios, Babilonios. La cuenca del Eufrates ó del Tigris constituye la llanura de Sennaar. « Los hombres, dice el *Génesis*, no teniendo más que una lengua y un lenguaje, habiendo salido del Oriente, hallaron un campo en el país de Sennaar y moraron en él. » (*Génesis*, cap. XI, v. 1 y 2). En el seno de aquella población, que cubrió el suelo de Babilonia y de Caldea, formáronse bien pronto dos elementos principales, dos grandes naciones, los Sumer y los Amed. La primera de dichas poblaciones, era de raza turaniana, la segunda de raza kuschita. Los turanianos introdujeron en Babilonia y en la Siria el singular sistema de escritura cuneiforme. « De Kus, dice el *Génesis*, nació Nemrod. El origen de su imperio fué Babel, Erec, Accad y Chalanné, en el país de Sennaar. De este país salió Asur, que edificó á Ninive y Calach. » « Qué puede concebirse de más preciso y claro? Nada sabemos de la historia de los príncipes sucesores de Nemrod, ni de la de los primitivos tiempos de la Asiria. Hacia el año 2000 ó 2300, la Santa Biblia nos muestra á Chodorlahomor, Kundus-Nonkunda, de las inscripciones cuneiformes, ó Kudas Mabag-Dubuycas, de Mughur, dueño de toda la cuenca del Tigris y del Eufrates, teniendo por esclavos Amraphel, rey de Sennaar ó Caldea, Arioh, rey de Ellasar, y

Targal, rey de las Naciones. La época del primer imperio de Caldea ha dejado numerosos restos de monumentos, cuyas dimensiones son grandiosas. Las más de las veces la masa interior de las mamposterías es de ladrillos no cocidos, simplemente secados al sol, con un revestimiento de ladrillos cocidos. Son unas pirámides con pisos, compuestos de una série de azotes cuadradas, sobrepuestas, retiradas las unas respecto de las otras sobre todas sus caras. Los panteones compónense de una pequeña estancia construida con ladrillos cocidos; los adornos en alfarería que contienen dichos sepulcros son en general groseros, modelados á mano, sin el auxilio del torno. Como objeto de arte, no se ha encontrado escultura ni pintura alguna, á escepcion de dos figuritas, y sí muchos cilindros de piedras duras, grabados en hueco.

Los caldeos han sido colocados en el rango de los más antiguos astrónomos; se les atribuye una série de observaciones astronómicas, enviadas, segun se dice, desde Babilonia á Aristóteles por Calisthenes, que acompañó á Alejandro en su expedición. Dichas observaciones comprendían, segun se pretende, un espacio de 1903 años, desde el principio de la monarquía de los babilonios hasta el paso de Alejandro en Asia. Siguiendo dicho cálculo, las primeras observaciones de los caldeos datarian del año 115 despues del diluvio. Mas esta noticia no merece crédito alguno; fué echada á volar por Simplicio, que escribía en el siglo vi de la era cristiana. Aristóteles no ha hablado en lugar alguno de tales observaciones; Hiparco y Tolomeo no tuvieron conocimiento de ellas. Despues de haber examinado con el mayor cuidado los escritos de los antiguos astrónomos, ambos declaran no haber encontrado observación alguna de los babilonios que se remontara más allá de la época de Nabonassar, que subió al trono en el año 747 antes de Jesucristo.

Syncellus ha conservado los nombres de tres famosos períodos astronómicos inventados por los caldeos, el Sarios, el Neros y el Sosos; mas no es posible saber de fijo en

qué consistían dichos períodos, y en qué época fueron empleados por vez primera. Beroso, que tenía noticia de ellos, no los ha definido, ni indicado la fecha de su descubrimiento. Syncellus dice que el Saros era muy probablemente un período de 18 años compuesto de 223 meses lunares sinódicos de 29 días y medio cada uno, y que servía para predecir los eclipses. El Neros sería acaso el grande año de 600 años, que, según Josefo, fué conocido de los patriarcas, y que fuera por consiguiente una tradición hebraica? «Entre las miras, dice Josefo, que Dios tuvo, al conceder á los primeros una vida tan larga como aquella que nos es atestiguada por los sagrados libros, una de ellas fué el suministrarles el medio de perfeccionar la geometría y astronomía que ellos habían inventado, puesto que no hubieran podido predecir con seguridad el movimiento de los astros, á haber vivido menos de 600 años, atendido que ese espacio de tiempo fué aquel en que acaeció el grande año. (*Antigüedades*, lib. I, cap. III, pág. 17). ¿No pudiera ser el Sosos finalmente un período de 60 años, la décima parte del Neros de 600 años?

Los babilonios eran uno de aquellos pueblos que se preciaban de una grandísima antigüedad. Si hubiéramos de dar crédito á sus afirmaciones, ellos subsistieron como cuerpo de nación desde 470,000 años. Beroso se gloria de haber encontrado en Babilonia algunos recuerdos que se remontaban á 120,000 años. Empero, á pesar de este flamante descubrimiento, no logró llenar con algunos hechos ó acontecimientos el espacio trascurrido desde la fundación de la monarquía hasta Nabonassar, 747 años antes de Jesucristo. Para salir del apuro, tuvo la osadía de decir que Nabonassar, poseído de un loco orgullo y con la idea de pasar á la posteridad como el primer soberano de Babilonia, había suprimido todos los monumentos históricos de su nación.

M. Oppert, en el opúsculo citado, pág. 45, dice: «Los caldeos tenían algunos períodos de 60, 600 y 3600 años; tenían luego las horas del día y la división del círculo entre 360

grados; habían encontrado la extensión del año trópico; poseían el conocimiento del ciclo, que más tarde debía ilustrar el nombre de Methon (creemos que eso es un error: el ciclo de Methon era de 19 años, el Saros de los Caldeos no constaba más que de 18 años); admitían un valor casi exacto respecto del curso medio de la luna; habían encontrado el período de los perigeos de 19,786 días; habían descubierto el Saros ó el período de 6585 días $\frac{1}{4}$, según los cuales vuelven los eclipses. Estos 6585 días $\frac{1}{4}$ forman 18 años y 11 días ó 223 lunaciones. Sus observaciones, que datan de una época muy remota, les permitieron formar algunos catálogos de estrellas, y así ellos *puédieron* conocer un período de 22,325 lunaciones, equivalentes á 1,805 años julianos, según los que los eclipses vuelven más exactamente aun por el mismo orden. Dichas 22,325 lunaciones son el múltiplo del ciclo metoniano; nosotros lo llamamos período lunar caldeo. Según un pasaje del rey Sargon, este período renovóse en 712 antes de Jesucristo. En 712 hubo, pues, el fin de un período que había principiado con los tiempos históricos. Estos tiempos debieron, por lo tanto, principiar 1,805 años antes de los 712 antes de Jesucristo, es decir, en 2,517.»

Esto sentado, M. Oppert, que había evaluado, según la copia armenia del *Chronicon* de Eusebio, á 39,180 años la duración de los tiempos míticos de la Caldea, no sin que hiciera notar que el manuscrito armenio se halla manifiestamente adulterado en muchos lugares, que las principales cifras son inexactas, y que es preciso dejarlas por lo que son, llega por fin á advertir que dicho número á todas luces exagerado está compuesto de 12 períodos egipcios de 1461 años y 12 períodos caldeos de 1805 años, es decir que se tiene

$39,180 = 12 \times 1460 + 12 \times 1805 = 17,520 + 21,660$; y de ello infiere, dado que esa aproximación no pudiera ser accidental, que hubo en la Caldea una influencia egipcia; que uno de los dos pueblos debió transmitir á otro los conocimientos adquiridos, y que el Egipto fué el que dió

la civilización á la Caldea, lo cual procura demostrar de otro modo. Ni concluye todo aquí: cuando, siguiendo el período de 1,805 años, uno remontábase desde 712 años á las épocas anteriores, hállase con 2,517, 4,322, 6,127, 7,932, 9,737 y 11,542. Pues bien, ya hemos visto que el último período sotíaco de 1,461 años terminó el 20 de julio de 139, bajo Antonino el Pio. Ahora si, por medio de este período sotíaco, nos remontamos á partir de 139 á los años anteriores, hallaremos 1,322, 2,782, 4,242, 5,702, 7,162, 8,622, 10,082 y 11,542. Hállase, pues, 11,542 como punto de partida de los dos ciclos que, habiendo permanecido juntos hasta allí, entonces se han separado. M. Oppert concluye de ello implícitamente que el mencionado año, en la historia de los dos pueblos, es un año histórico. Y esta conclusion vaga y por demás singular es la que se atreven, bajo su nombre, á oponer á la cronología de los sagrados libros. Todo lo cual es verdaderamente arbitrario y no pasa de sueño ó de romance.

Ya lo hemos probado hasta la evidencia; el período sotíaco fué conocido muy tarde en Egipto; no data probablemente más que del reinado de Antonino. Los caldeos han conocido el ciclo de 18 años, pero no el ciclo de 19 años de Methon, que fué un descubrimiento memorable, celebrado con gran pompa, lo que le valió el nombre de Número de oro; con mucha mayor razon dicho pueblo no conoció el ciclo de 1805 años. Si el número 39180 es el número de la *Crónica* de Eusebio, es porque debió ser creado despues del suceso, y porque es una cifra puramente artificial, inventada con el propósito de dar algun viso de verdad á la antigüedad fabulosa de que blasonan los caldeos. Por lo demás, M. Oppert considera este número 39180 como un número real, no inventado ni imaginado; en tal caso, no son ya 11542 años de existencia los que debe conceder á la Caldea histórica, sino más bien 39180. Si dicho número 39180 es meramente inventado, quimérico (y cómo no deberá serlo, puesto que se trata de los tiempos míticos ó fabulosos de la Caldea?), el intentar siquiera pasar de

39180 años á 11542, es un ardid de mala ley. No es posible partir de la fábula ó de lo desconocido para llegar á la realidad ó á lo conocido, sin cometer un verdadero desatino. Por lo demás, y preciso es fijarse bien en ello, M. Oppert no hace la guerra al *Genesis*, sino á la cronología bíblica. En efecto, en los monstruos en forma de pez, que salen del mar Eritreo, y á los cuales los caldeos atribuyen su civilización científica, dicho señor reconoce los *Ananím* de la Biblia, hijos de Misraim ó del Egipto. Algunos colonos egipcios, dice, en remotos tiempos, llevaron á la embocadura del Eufrates los beneficios de la ciencia, y los caldeos, en su fábula interesada, confirman sin quererlo el precioso dato del *Genesis*. En cuanto á lo que M. Oppert añade relativamente á un eclipse de sol que hubiera tenido lugar el 27 de abril ó el 29 de enero de 11542, con su máximum, entre 8 y 11 horas de la mañana, mostrando en el horizonte la estrella del gran Can, desde largo tiempo invisible, y que hubiera asombrado vivamente á las poblaciones egipcias y caldeas, no pasa aun de sueño ó de ficción. Harto claro échase de ver que aquel señor habla de cosas que no sabe. En definitiva, esa aproximación descubierta por M. Oppert no tiene en manera alguna la importancia pretenciosa que se le atribuía, por el contrario, haciendo la civilización de la Caldea posterior á la del Egipto, sólo ha conseguido hacerla rejuvenecer, y por una consecuencia necesaria, conforme lo hemos probado hasta la saciedad, la ha hecho reingresar en los límites de la cronología bíblica.

Indios.—Cuantas nociones poseemos sobre el período primitivo de la historia de los Aryas de la India, hállanse en la coleccion de himnos, apellidados *Vedas*, que constituyen desde cerca de 3000 años la Escritura santa de los indios, y fueron conservados con un cuidado especial por los brahmanes. De ahí el nombre de *Epoca védica* con el cual la ciencia designa ese período de la existencia de las naciones aryanas en las regiones regadas por el Indus. El

más antiguo de los Vedas, y el más importante de todos, aquel que por decirlo así ha engendrado á los demás, es el Rig Bolingbroke, astrónomo eminente tanto como indiano consumado, de un pasaje de dicho libro en el cual hácese mención de la posición del solsticio relativamente á dos constelaciones, posición que se refiere al año 1391 antes de Jesucristo, concluye que la compilación de los Vedas debió ser hecha por vez primera en el siglo XIV. Otros sabios no menos eminentes, MM. Albrecht, Weber, Roth y Max-Müller, han llegado por su parte y por otras vías al mismo resultado. La fecha de los himnos más recientes parece deber hallarse fijada en el año 160 antes de Jesucristo, que debió de ser el de la clausura del período propiamente védico. MM. Wilson, Lassen y Max-Müller adoptan para la época más verosímil de la redacción del código y de las leyes de Manú, el siglo IX antes de la era cristiana.

Los brahmanes principiaron á cultivar la astronomía desde la época védica; sus observaciones limitábanse á la sazón al curso de la luna, á los solsticios y á algunas estrellas fijas. Así los Vedas como las leyes de Manú no hacen mención alguna de los planetas. Tan sólo en los siglos que siguieron á la expedición de Alejandro, por medio del trato con los griegos, y sobre todo á consecuencia de las comunicaciones comerciales, desde entonces para adelante regulares y frecuentes con Alejandría, fué cuando la astronomía india tomó un carácter verdaderamente científico. En los primeros siglos de la era cristiana, dicha ciencia hizo grandes progresos, en parte originales, que ejercieron más tarde una influencia considerable en la astronomía de los árabes en tiempo de los califas.

El coronel Tod llegó á este resultado: el establecimiento, en la India propiamente dicha, de las dos grandes razas de Soorya y de Chandla, data poco más ó menos de 2250 años de la era cristiana. Hacia la misma época, aunque un poco más tarde, fué cuando los egipcios, los chinos y los asirios, siguiendo la opinión general, funda-

ron sus grandes monarquías, y cerca de un siglo y medio antes fué cuando tuvo lugar el diluvio. (*Anales y antigüedades del Ragastan*, vol. I, pág. 37.) Si tomamos la cronología de los Setenta, tendremos un período mucho más largo entre el diluvio y la época asignada respecto de la más antigua de dichas monarquías.

Los libros más auténticos de los indios desmienten, por algunos caracteres intrínsecos y muy reconocibles, la antigüedad que aquellos pueblos les atribuían. Sus Vedas no pueden remontarse más allá de 3,200 años, lo cual sería á corta diferencia la época de Moisés. ¿Acaso aun aquellos que dieron crédito á la aserción de Megástenes, 292 años antes de Jesucristo, que pretendía que en su tiempo los indios no sabían escribir; aquellos que se fijan en que ninguno de los antiguos ha hecho mención de esos templos soberbios, de esas inmensas pagodas, monumentos tan notables de la religión de los brahmanes; aquellos que sepan que sus tablas astronómicas fueron calculadas despues del hecho, y mal calculadas todavía, pudieran sentirse movidos á disminuir de mucho si cabe, esa pretendida antigüedad de 3,200 años? Este juicio ha sido formulado por M. Cuvier.

Sydbartha Catyatinha, el fundador del budhismo, que debía combatir el brahmanismo y el régimen de las castas, nació en el año 622 antes de Jesucristo. El budhismo constituyó su sistema religioso de 433 á 543.

Tal es el resumen fiel de la cronología india; ella nada contiene, como se ve, que pueda oponerse á la cronología de la Biblia. Según Bailly, los indios hubieran formado desde el año 3553 antes de Jesucristo una nación poderosamente constituida, y los brahmanes hubieran poseído algunas tablas astronómicas cuya antigüedad databa de 5 á 6,000 años. Bentley reconoció, el primero, que nada indicaba que los indios hubieran poseído jamás un conocimiento positivo y correcto de la astronomía. El *Surya-Siddantha*, ó libro de las ciencias, al cual los brahmanes atribuyen modestamente una antigüedad de muchos mi-

liones de años, no se remonta á más de 7 á 800 años antes de la era cristiana. Las observaciones más antiguas de dicho libro no van más allá del siglo xvi ó del xii antes de nuestra era. La leyenda de Christna, dice Bentley, es una amalgama grosera del Evangelio. La posición de los planetas en su nacimiento revela el año 500 de nuestra era. Laplace dice también en el *Sistema del mundo*: «Las tablas de los indios suponen unos conocimientos muy avanzados en astronomía; mas todo induce á creer que dichos conocimientos no reconocen una muy grande antigüedad.» Delambre demuestra que no hay la menor razón para admitir la verdad de las observaciones supuestas. Montucla ha hecho notar que el gran período de 864,000 años es la mitad de otro de 24,000×360. Pues bien, 24,000 años es el período árabe en cuyo curso las estrellas fijas, por un movimiento progresivo, ejecutan una revolución completa. Esto es, pues, un plagio. Davy afirma que los períodos distantes de los indios fueron fijados arbitrariamente por medio de un cómputo retrógrado, y no determinados por una observación real. Bentley fué el primero que comparó las posiciones indias de los planetas con aquellas que fueron sacadas de las tablas europeas las más exactas, y de ello infiere las fechas en las cuales, sus posiciones respectivas halláronse exactas por ambos lados. Dicho señor halló también que el *Surya-Siddantha* fué compuesto hace 6, 7 ú 800 años, deduciendo de ello que el autor de dicho tratado fué Xaraha. La fecha del *Vasishtha-Siddantha* y del *Raya-Siddantha*, que los indios tenían por costumbre hacer remontar á uno ó dos millones de años, no asciende, según los cálculos de M. Bentley, más allá del siglo x ó del xi de la era cristiana.

La astronomía india, dicen Weber, Klaproth y Lassen, está fundada únicamente en algunas obras griegas y en los datos de la escuela de Alejandría. En la época védica dicha ciencia hallábase enteramente en su infancia, limitándose á la observación de algunas estrellas fijas, de las 27 ó 28 mansiones lunares y de los perigeos de la luna.

El año es de 360 días. La fecha de la más antigua división india en estaciones lunares, en número de 28, en otros tiempos, y hoy de 27, hállase comprendida entre 1528 y 1375 antes de Jesucristo, siendo probablemente 1428. Laplace afirmaba que las tablas indias no pueden reclamar una antigüedad muy elevada. Todo indica que son posteriores á Tolomeo, puesto que el movimiento medio que ellas asignan á la luna respecto de su perigeo, de sus nodos y del sol, es más rápido que el de Tolomeo... Klaproth afirmaba que aquellas tablas fueron compuestas en el siglo vii de la era vulgar, y que posteriormente fueron consideradas de una época anterior. (*Memorias relativas al Asia*, 1826, pág. 397.)

Según Lassen, el primer indianista de Alemania, el *Surya-Siddantha* también es posterior á la introducción de la astronomía griega en la India, y data de los primeros siglos de la era cristiana. (Mortillet, *Materiales que pueden servir para la historia del hombre*, tom. 1, pág. 233.)

Un hecho capital son las alteraciones y las interpelecciones que la mayor parte de los libros indios han venido experimentando en los diferentes tiempos... Tales libros sólo existen en manuscritos, sobre algunas hojas de bambú preparadas al efecto, siendo copiadas y recopiadas perpétuamente. Pues bien; fácil es el comprender que cada copista pudo introducir en los antiguos libros aquello que él consideró como una perfección ó una aclaración necesaria. «De ahí proviene, dice M. Jacolliot mismo (*La Biblia en la India*, pág. 383), que la Sociedad asiática de Calcuta no haya podido coleccionar todavía por completo los Vedas, y que no esté muy segura respecto de las copias que posee, en las cuales se han advertido numerosas interpelecciones hechas por capricho.» Todos conocen la famosa historia del pendolista al cual el capitán Wilfor confió sus copias de los Vedas: «Sus defectos, decía él, eran de tres especies: el primero de ellos consistía en solas dos ó tres palabras alteradas; el

segundo, en que algunas leyendas antiguas hallábanse gravemente adulteradas, y el tercero, en que había algunas leyendas escritas enteramente de memoria... Para ocultar esos defectos, el copista no vacilaba en alterar y desfigurar su propio manuscrito, el mio y el del colega.» Como un ejemplo de dichas alteraciones, citemos una leyenda de Noé sacada, según el mencionado Jacoliot, del *Padina-Pourana*. La tal leyenda contiene la historia de Noé y de sus tres hijos, y está escrita magistralmente. Por desgracia no hay en ella una sola palabra, que pueda ser encontrada en dicho *Pourana* (*Asiatic Researches*). Los pendolistas llevaron algunas veces el descaro hasta pretender que esa manera de proceder en historia, es legítimo para el mayor honor de los héroes y de los dioses.

Indo-Europeos.—La fecha de la entrada de los Solars aryanos en la India, según M. James Fergusson, sería 2400 años antes de Jesucristo. Su civilización era grande, poseían viviendas, ciudades y plazas fuertes, cultivaban la tierra, tenían casi todos nuestros animales, el caballo, el buey, el carnero, la cabra, el cerdo, el perro, el oso, el lobo, el ratón doméstico, la cebada y tal vez el trigo, la miel, los licores fermentados, los hilados, la lana, el lino, la espada, la lanza, el escudo y los barcos movidos por remos.

Medos.—Su aparición sobre el escenario de la actividad humana remóntase probablemente de 2458 á 2234 años antes de Jesucristo. M. Piazzi Smyth da como fecha astronómica verdadera, 2100 á 1934.

Chinos.—«La historia de la China, es, por confesión de los sabios de aquel país, muy oscura en su origen. Ella ofrece los nombres de antiguos personajes que habrían reinado, mas sin precisar la época, ni la duración de su reinado. La historia de dichos antiguos personajes está

atestada de sucesos tan maravillosos, que una sana crítica no pudiera admitirlos. ¿De dónde procede la colonia que se halla establecida en la China actual? ¿De qué elementos estaba compuesta? ¿En qué época tuvo lugar dicha emigración? La historia china enmudece completamente sobre cada uno de esos puntos tan importantes.»

El R. P. Perny, de quien tomamos esta introducción, inclinase á creer que la China actual fué conquistada y habitada por una tribu salida de la cuna del humano linaje antes del diluvio, y que se estableció al principio en la pequeña Bukaria. Un hecho incontestable, admitido por todos, es que la historia china sólo comienza á adquirir algún grado de certeza desde la época de Hoang-Ti, 2697 años antes de Jesucristo; pero sobre todo desde la del reinado de Yu el grande, 2205 años antes de Jesucristo. (*Apendice al Diccionario francés.—Libros chinos de la lengua mandarina hablada, por Pablo Perny, misionero de la Congregacion de las Misiones extranjeras.* París, 1872.)

La aspiración de los chinos hácia una antigüedad desmedida es hija de los tiempos modernos. De pretensiones en pretensiones, los chinos han acabado por hacer remontar su existencia á 256000 años antes de Jesucristo. Ellos mismos confiesan que uno de sus reyes, Chi-Honum-Ti, 213 años antes de Jesucristo, hizo quemar todos los libros, derribó los monumentos, y destruyó todo aquello que podía recordar el conocimiento de los tiempos anteriores, y que la historia de estos no fué reconstruida hasta 150 despues, ó sea 57 años antes de Jesucristo. Confucio, el autor del *Chouking*, el solo título sério para los chinos de su antigüedad, vivía 400 ó 500 años antes de Jesucristo, 2000 años despues de los acontecimientos. Además, 200 años despues de Confucio, el *Chouking* fué quemado y escrito nuevamente, según se dice, bajo la relacion de un anciano que lo sabia de memoria.

Klaproth niega la existencia de toda certeza histórica en los anales del Celeste Imperio, anterior al año 752 antes de Jesucristo. Lassen dice que los chinos no

tienen historia verdadera más que á partir del siglo VIII, y coloca, por conjeturas, la primera dinastía, la de Huc, en el año 2205 antes de Jesucristo. Schlegel cree que los caracteres de la escritura china tienen 4000 años de antigüedad, lo que los haría remontar á tres ó cuatro generaciones despues del diluvio. Muchos escritores han insinuado que Fo-Hi, el fundador del Celeste Imperio, podia ser Noé. Siguiendo la cronología de los Setenta, pudiérase en caso necesario admitir á los diez príncipes chinos, predecesores de Hoang-Ti, y fijar la época de la fundación del imperio chino por Fo-Hi en el año 254 despues del diluvio, 3462 antes de Jesucristo. Empero, añadia el P. Amyot, no tenemos necesidad respecto de la China de un espacio de tiempo tan grande (*Memorias concernientes á los Chinos*, tom. XIII, pág. 78 y 79), para hacer ver que, aun cuando la parte de la historia china desde el año 60 del reinado de Hoang-Ti hasta el año primero del reinado de Fo-Hi, estuviera revestida de toda la certidumbre y autenticidad que se concede á las demás partes de la misma historia, no sería posible sacar de ahí consecuencia alguna que no pudiera ser admitida por todo buen cristiano ó todo buen crítico. «Todo buen cristiano, en efecto, puede admitir sin inconveniente alguno, una cronología que en nada contradice los monumentos sagrados ó los dogmas incontestables de la ciencia religiosa que profesa. Todo buen crítico puede, sin faltar á las reglas de su arte, adoptar una cronología que nada tiene que no sea conforme á la sana razon, y cuenta en su apoyo con todas aquellas pruebas que bastan para suministrar una certeza moral en el ánimo de cualquiera que no se halle dominado por preocupacion alguna.»

El *Chouking* da claramente á entender que existía un método para el cómputo de los eclipses mucho tiempo antes de Chouang-Iy, 2159 años antes de Jesucristo. En rigor, conforme dijimos ya, dichos conocimientos astronómicos no podrian ser admisibles; sólo fueran como un reflejo de la ciencia antediluviana, conservada y transmitida por

Noé y sus hijos, como ya se vió en la construcción de la gran pirámide. El P. Gaubil dice en efecto (*Cartas edipicantes*, tomo XXVI, pág. 27 y 102): «Yo pienso que los fundadores del imperio recibieron de los patriarcas, ó aun de Noé, muchos de los conocimientos sobre astronomía.» Mas en realidad hay que descender al año 1104 antes de Jesucristo para encontrar, no ya la predicción, sino la observación de un primer eclipse, hasta el año 775 respecto de la observación de un segundo. Confucio no cita eclipse alguno notado con certeza hasta cerca del año 722 antes de Jesucristo. Está, por otra parte, absolutamente averiguado, que los antiguos astrónomos chinos no poseían medio alguno seguro para calcular los eclipses; sobre este punto incurrian en errores groseros. Más tarde adoptaron pura y simplemente los métodos europeos, sin añadir á ellos la más mínima perfección. Bajo los Tsins, de 200 á 253 años antes de Jesucristo, no conocian aún los movimientos propios de las estrellas fijas, y la precesion de los equinoccios sólo fué bien apreciada por ellos hácia el año 1250 despues de Jesucristo. Laplace admite, es cierto, que en la época de Yao, más de 200 años antes de nuestra era, la astronomía era cultivada en la China como base de las ceremonias, que desde entonces observábase las sombras meridianas del gnomon en los solsticios y el paso de los astros por el meridiano, que se media el tiempo por algunos clépsidros, y que se determinaba la posición de la tierra respecto de las estrellas en los eclipses, lo cual indicaba las posiciones siderales del sol y de los solsticios. Los chinos reconocieron, al parecer, que la duración del año solar excede de un cuarto de día, aproximadamente trescientos sesenta y cinco días... Su año civil era lunar, y para pasar el año solar, ellos hacían uso del período de diez y nueve años solares correspondientes á doscientas treinta y cinco lunaciones... Sin embargo, añade Laplace, las primeras observaciones útiles á la astronomía son de Tchou-Hong, de 1104 á 1098 años antes de Jesucristo. Dicho soberano hizo, por sí mismo ó por sus astrónomos, algunas

observaciones, tres de las cuales han llegado hasta nosotros. Dos de ellas sobre las longitudes meridianas del gnomon, observadas con gran cuidado en los solsticios de invierno y de verano en la ciudad de Loyan, dan un valor de la oblicuidad de la eclíptica en aquella antigua época, conforme con la gravedad universal. (*Sistema del mundo*, Epit. in 4.^o, 1835, pág. 370.)

«En resumen, dice M. Sedillot (*Carta à M. de Humboldt sobre los trabajos de la Escuela árabe*, 1853, pág. 11), en «los libros clásicos de la China sólo se consignan cinco «hechos dignos de atención en apariencia: los solsticios «de Yao y de Tchou-Hong, calculados despues del resultado; un eclipse de sol respecto del cual hanse fijado «muchas fechas, todas las cuales han sido reconocidas «por falsas; la identificación del soberano con la polar ó «más bien con el polo mismo, y por último, de pretendidas estrellas á su paso por el meridiano. Añadid á ello «algunas combinaciones de cifras, basadas sobre varios «relatos ridículos ó sobre los números místicos de Confucio, y tendreis el cuadro completo de los conocimientos científicos de la China en el período que precede á «la era cristiana.»

Persas.—Segun Klaproth, los anales persas pueden apenas remontarse más allá de 227 años antes de Jesucristo: otros dicen de 538 á 325 antes de Jesucristo.

Georgianos y Armenios.—Estos datan á lo sumo de dos á tres siglos antes de Jesucristo.

Fenicios. Cananeos.—Los fenicios, conforme leemos en el Génesis, como ellos mismos lo confesaron y como sus descendientes lo decian aún en tiempo de san Agustín, pertenecian á la raza de Canaan, que la tradicion biblica relaciona con la raza de Cham. Su capital fué Sidon. Concédesele el honor de la invencion de los pesos y medidas, de la aritmética, escritura y navegacion. Sanchonia-

ton, su historiador, es un personaje real, que vivía hácia los tiempos de Moisés y escribía antes de la guerra de Tróya.

Griegos.—Los griegos, como todos los pueblos, procuraron atribuirse una antigüedad inmemorial. No sólo pretendian ser oriundos del país en que moraban, sino que quisieron todavía dar á entender que habian existido, por decirlo así, en todo tiempo. Los atenienses se gloriaban de ser tan antiguos como el sol; los arcadios pretendian existir antes que la luna. Los lacedemonios titulábanse hijos de la tierra. Sólo Moisés nos enseña que Javan, hijo de Jafet y nieto de Noé, es ciertamente la rama de todos los pueblos conocidos bajo el nombre de griegos. Su posteridad fué á establecerse en los Estados colindantes con las costas occidentales del Asia Menor, desde donde no tardó en pasar el continente de Europa. Una colonia venida de Oriente, hácia los tiempos de Abraham, 2000 años de la era cristiana, posesionóse de la Grecia. ¿De dónde venia? Acaso del Egipto. En el espacio de dos siglos vése llegar á la Grecia varias colonias egipcias ó fenicias: Ogyges, Inaco, Cecrops, Cadmo, Libax y Damaco. Ogyges fundó Atenas, 1831 años antes de Jesucristo, Inaco fundó Argos, 1822 años antes de Jesucristo.

Árabes.—Distínguense tres ramas principales de poblaciones árabes: los *Amalica*, salidos de Aram; los *Moultarriba*, salidos de Yatan; y los *Moustarriba*, salidos de Ismael. (Lenormant, *Historia antigua del Oriente*, tom. III.)

Cimbros, Pelasgos.—Los cimbro primitivos fueron ciertamente un pueblo contemporáneo del último período cuaternario neolítico é histórico al mismo tiempo. Conocian las maneras y los sistemas para labrar los silices de los celtas, de Abbeville, de Moustier y de Imola. Los pe-

lasgos son el pueblo industrial de la época neolítica, venidos del mar. Los umbríos son el pueblo cuaternario, moradores del valle del Tíber arrojados por los pelasgos.

En razón de la gran proximidad de la pequeña Bukaria, una colonia ó expedición noáquica pudo haber penetrado muy temprano en la China, la cual sería por lo mismo la nación más antigua del globo. No habría necesidad alguna de suponer, como parecía creerlo el R. P. Perny, que dicha colonia hubiera emigrado antes del diluvio; un gran número de autores han emitido la opinión de que Fo-Hi ó Fo-Hé pudiera ser muy bien Noé mismo.

El anterior resúmen, como se vé, fija la dispersion de los pueblos después del diluvio, y no supone de ningún modo que la tierra, ó la mayor parte de ella, hubiera sido habitada antes de aquel terrible cataclismo. ¿No se puede acaso admitir una dispersion anterior al diluvio? Monseñor de Châlons no vacila en decir (*El mundo y el hombre primitivo*, pág. 241), que el hombre antediluviano existía «en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en España, en Italia, en Grecia, en Rusia, en Turquía, en Asia, en América y finalmente en todos los países del mundo. *El hecho es cierto*, añade su Ilustrísima, es desde ahora incontestable. Para el sabio Obispo, lo mismo que para el abate Lambert (*El Diluvio mosáico*), para M. Francisco Lenormant (*El hombre fósil. Revista Británica*, marzo de 1873), y muchos otros escritores católicos, los restos de las existencias é industrias humanas encontrados en los terrenos cuaternarios pertenecerían al hombre antediluviano. En mi convicción profunda, dichos restos pertenecen al hombre de la dispersion, y yo confío probarlo invenciblemente en el siguiente capítulo.

Esta discusión ha sido tal vez demasiado larga; mas por mi parte no me pesa, puesto que me parece que era absolutamente necesaria. Creo haber demostrado hasta la

evidencia, no solamente que los anales de pueblo alguno no se remontan más allá de 8000 años, fecha que la revelación permitiría asignar á la creación del hombre, sino que todos los pueblos han salido de Noé, ó que el origen de ellos es posterior á los grandes hechos del diluvio y de la dispersion. La duda solo podía existir respecto del Egipto, y ya hemos visto que los hechos la han desvanecido por completo. «La población del Egipto pertenece á la raza de Cham; y ella, desde el Asia, fué á establecerse en el valle del Nilo, por la ruta de la Siria. Este es un hecho, desde ahora comprobado de una manera cierta para la ciencia, y que confirma plenamente los datos de Moisés.» Tales son las propias palabras de M. Cárlos Lenormant en su memoria sobre la Exposición universal de 1855, y al mismo tiempo el resúmen de todas las investigaciones modernas.

Dicha verdad despréndese clarísimamente de una curiosa disertación, que he conocido muy tarde, y que deseo reasumir al terminar; ella tiene por título: *De la Cuna de la especie humana segun los Indios, los Persas y los Hebreos*, memoria leída en 1858 en la Academia de ciencias, bellas letras, artes, agricultura y comercio del departamento del Somme, por M. J. B. P. Obry. Amiens, viuda Hersent, 1858, 208 pág. in 12°. He aquí sus conclusiones: «Las tradiciones semíticas, ó mejor dicho, semito-cámicas, convienen con las tradiciones ayanas (persianas, indianas y médeas) para colocar la cuna de la especie humana al norte de la India. El Ararat, montaña sobre la cual se detuvo después del diluvio el arca de Noé, parece formar parte de dicha region que acaso no sea otra que la pequeña Bukaria, limitada al este por el desierto de Gobi ó Chamo, al oeste por el Belous-Tag, al norte, por el Thian-Chan, y al sud por el Kouen-Lun. El punto de dicha region, que reúne mejores condiciones para ser considerado como la cuna del humano linaje, es la meseta de Pamir, situada entre las fuentes del Tarim al este, del Oxus al oeste, del Luxarte al norte, y del Kameh-Indus al sud.

Después de haber habitado por largo tiempo dicha meseta de Pamir ó del Merou, las dos ramas aryanas se separaron: la primera de ellas, ó sea la oriental, emigró hacia la India; la segunda, ó la occidental, esparcióse por la Persia por direcciones distintas y casi opuestas.

«Las más antiguas tradiciones convergen en realidad hacia la altura ó meseta de Pamir como hacia un centro comun. Acaso algun día los etnógrafos lleguen á marcar sobre el mapa la ruta seguida por las razas humanas, en sus emigraciones desde el Asia central hacia las cuatro partes del mundo. El autor del Génesis casi no se ha ocupado mas que de las escursiones hacia el oeste, desde el Oxus hasta el Nilo; y de su cuadro geográfico parece resultar que los camitas abrieron la marcha, que los semitas les siguieron de muy cerca, y que los jafetitas, en virtud de la fuerza de expansion que les era propia, acabaron por poblar casi toda el Asia, la Europa y las islas de las naciones. Los aryas de la India y los de la Persia permanecerian por mas tiempo en posesion de su residencia primitiva, que no habrian abandonado hasta muy tarde, expulsados por las intemperies sobrevenidas en el clima. (¿No pudiera ser este acaso el período glacial?)

«Al abandonar su cuna comun, los noaquidas llevaron consigo el recuerdo de la misma en sus nuevas moradas.»

CAPÍTULO OCTAVO.

Antigüedad del hombre (continuacion).

Enseñanza de la Geología y de la Paleontología.

EPISODIO.

Séame permitido inaugurar esta discusion, acaso la parte más importante de mi libro, con una reseña histórica que ha venido á arrojar ya mucha luz sobre una cuestion fatal y voluntariamente envuelta en las tinieblas.

En el mes de agosto de 1871, el abate M. Richard, hidro-geólogo célebre, tuvo la amabilidad de acompañarme á Edimburgo, á donde yo iba para tomar parte en la reunion de la Asociacion Británica para el adelanto de las ciencias. Yo deseaba vivamente que mi amigo presentara él mismo á los geólogos y arqueólogos ingleses los silices labrados, históricos ciertamente, que habia encontrado al pié del Sinai, sobre las márgenes del Jordan, en Gálgala, y sobre todo en el sepulcro mismo de Josué, cuya version de los Setenta dice que fueron escondidos allí un gran número de cuchillos de piedra, que sirvieron para la circuncision hecha por órden de Dios en Gálgala. Dicha coleccion de silices era verdaderamente magnífica, y en ella hallábanse todos los tipos conocidos, sin excepcion alguna. Ellos fueron muy admirados, y el abate M. Richard aprovechóse de tal admiracion, para poner en guardia á los maestros de la ciencia nueva, que le es-